

**Mario Sampaolesi**

## **LA CORVINA**

Esa noche fuimos de pesca.  
Vos cargaste la vieja Nikon, el termo con café, algunos sándwiches.  
Yo la cajita de plástico con los aparejos y las cañas.  
Llevé camarones como carnada.  
Esa noche había luna llena.  
El mar se veía plano, negro, plateado detrás de los médanos.  
Para llegar a la playa elegimos el camino serpenteante de todos los días.  
A medida que nos acercábamos, olimos a sal, a yodo; sentimos  
la creciente humedad: oímos el ruido de las olas.

Pero en lugar del sol, de la gente, la claridad y la soledad nos rodeaban. Ansioso armé la caña, preparé los anzuelos.  
Sabía que las corvinas buscaban su comida en la canaleta  
detrás de la rompiente.  
Así que entré al mar y avancé hasta que el agua alcanzó mi cintura.  
No vi hasta dónde llegó el lanzamiento.  
Pero supe que había sido bueno.  
Volví.  
No puse la traba del reel, dejé que la tanza corriera libremente.  
La noche limpia, estrellada, luminosa, nos acogía.  
Bebimos café, comimos sándwiches, charlamos sobre nosotros,  
sobre nuestros días felices.  
Hablamos sobre nuestro tiempo juntos: tus hijos, el mío.  
De pronto, la caña tembló. Varias veces.  
Veloz, con un golpe seco tiré hacia atrás para clavar al pez y comencé a recoger el sedal.  
Sentí el peso al final de la línea.  
Sentí su dura resistencia por escapar de esa trampa que lo arrastraba lo arrastrará hacia un futuro misterioso, temido.  
Vos también a mi lado luchabas por traer la presa a la orilla.  
Finalmente la vimos: una enorme corvina rubia prendida en el último anzuelo.  
Con cuidado la desprendí y no sin esfuerzo, la levanté.  
Vos tomaste fotos de mí con mi trofeo.  
En ese momento pensé en devolver esa vida al mar.  
El pez era hermoso, fuerte; había combatido con astucia y fiereza.  
Con dignidad aceptaba ahora su destino.

Merecía la oportunidad de seguir creciendo, de engendrar en esas aguas frías, turbias.  
Fui hasta la orilla con intención de reparar el dolor provocado. Sin embargo, abrí ese cuerpo allí.  
Lo vacié. Esparcí sus vísceras en el agua, las arrojé sobre la arena.  
Me dije que cangrejos, peces o pájaros aprovecharían los restos.  
Como otras veces no tuve coraje para cambiar, para perder aquello que creía con justicia haber obtenido.  
El orgullo, la vanidad, hicieron su parte.  
Sin volver a mirar hacia el mar, levantamos nuestro precario campamento.  
Satisfechos, sonrientes, regresamos a la cabaña por el mismo camino a través de los médanos.  
A través de la noche espléndida.

## **BOCETOS**

El efecto de la luz sobre las plantas del jardín aumenta la impresión de cierta debilidad de la noche.  
Los gusanos se comen unos a otros debajo del ciruelo.  
Sentado frente a la ventana, Leonardo observa y dibuja.  
Para él solo hay verdad en la forma consumada.  
El frasco de vidrio de color morado que perteneció a su madre permanece sin lágrimas ni flores: lo ocupan los reflejos cambiantes de sus manos cuando se mueven sobre la tela.  
Una bandeja de metal contiene verduras crudas en un plato gris, un vaso de vino, la certeza de lo automático del amor, agua.  
  
El afán por obtener gramos de felicidad augura tiempos feroces.